



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10883

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 16 DE JUNIO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

OTRO FRACASO

Ya se ha perdido la cuenta de los que ha tenido que devorar la soberbia americana frente á las costas de Cuba. Los bombardeos no le han dado resultado alguno. Los desembarcos tampoco le han hecho adelantar un paso en el camino de la conquista de ese pedazo de tierra española en el que tanto ansian clavar la garra los hipócritas parientes del tío Sam.

Tener una escuadra potente frente á Santiago de Cuba; bombardear un día sí y otro no los fuertes de la costa sin lograr apagar los fuegos ni desmontar un cañón; intentar desembarcos sin conseguirlo; verse ahuyentado á menudo por buques diminutos que con arrojo increíble se lanzan contra los cruceros auxiliares... todo eso es soberanamente ridículo para los que dijeron que la guerra era cuestión de quince días, porque España no podría resistir la inmensa pesadumbre de los cuantiosos elementos de guerra preparados por Mac-Kinley.

Buscando el punto más llaco para embestir con fortuna, atacaron los yanquis las playas de Guantánamo, y ¡oh dicha! las lanchas de desembarco pudieron llegar á tierra; pero no hay dicha completa en el mundo para nadie, ni aun para los ciudadanos de esa república modelo que tan bien habían preparado los acontecimientos para poner de su parte la victoria. Los yanquis no conocían á nuestros soldados más que por las referencias de los desvergonzados senadores que los pintaban como fieras crueles y les faltaba mirarlos frente á frente, cara á cara para conocerlos de verdad.

Y así ha ocurrido en Guantánamo. Sedientos los yanquis de pisar tierra de Cuba y ansiosos nuestros soldados de hundir sus ar-

mas en los pechos de los miserables que durante tres años los han estado asesinando á mansalva, por mano ajena, no ha tardado en verificarse el choque, que ha sido porfiado y sangriento como porros.

Ahora ya pueden los yanquis hablar de ciencia propia de la fiereza de los soldados de España. Lo han aprendido á su costa y no dejarán de contarle á sus paisanos si salen en bien del berengenal en que se han metido con más confianza que valor.

Sitiados en la playa, aguantando el empuje de los nuestros y los rayos de fuego del sol de los trópicos, allí se están corriendo apuradísimo trance, arrepentidos sin duda de haber empujado al gobierno de su nación á entrar en lo que ellos creían una juerga de pocos días y va á ser un sacrificio de muchos meses.

Merecido lo tienen.

EL SUEÑO

Soflé que con anhelo inextinguible, En mis brazos, ansiosa, te arrojabas Y, exhalando un suspiro indefinible, Más amante que nunca me abrazabas;

Soflé que con el seno palpitante Y la boca entreabierta y encendida, Con acento febril y agonizante, Exclamabas de amor estremecida:

—No es cariño, ni culto, ni ternura Lo que siento por tí: sino el eterno Amor de lo inmortal; es la locura Que impulsa á los infijos del infierno...

Y soñando seguí que te escuchaba Con goces de pasión, jamás sentidos, Y soflé que convulso te estrechaba Y, deembriaguez suprema adormecidos,

Con el afán que al vértigo provoca En un beso infinito y crepitante Bebía las esencias de tu boca Y aspiraba tus aureas, jadeante...

Desperté por mi mal, lancé un suspiro, Y al ver que era ilusión mi ardiente (empeño, De carcajada escéptica en el giro; Maldije al mundo bendiciendo el sueño. CARLOS PALACIOS.

Crónica madrileña

SUMARIO: Doloroso fenómeno.—Lo de costumbre.—Las causas.—Punto en boca.—Los de siempre.—«La primera verbena»... —Apertura de los jardines.

Dada la historia del pueblo español sorprende y hace pensar seriamente la frialdad, el indiferentismo, con que ha acogido las noticias de la triste situación del archipiélago filipino.

Parece ser otro que aquel que en noche memorable se amotinó para conseguir noticias de lo ocurrido en el fuerte de Cabrerizas: también muy distinto del que estuvo á punto de provocar, con sus delirios de patriotismo y sus ardores bélicos, una guerra.

Es un fenómeno que produce desgarrones y dolores en el corazón; un fenómeno tangible, vivo, palpitante, que se ofrece á la vista con sarcástica mueca, que inunda de frialdades y que obliga á esconder el rostro para que en él no se vea retratada la vergüenza y la indignación, sino el escepticismo criminal.

El día anterior ya se conocieron algunas noticias.

El Gobierno las amplió y confirmó; y sin duda por no encontrar otro medio más apropiado de mostrarse dolorido por las víctimas de Cavite Viejo, Imus y Bacoor, unos se fueron á Toledo á pasar un día alegre, otros llenaron la plaza de toros, y quien no hizo ninguna de las dos cosas, se apretó en las calles y plazas para ver pasar la procesión y después tomó por asalto los paseos y cafés, donde rió y charló á más no poder, no dejando ni por casualidad asomar un reflejo de duelo.

Cuando cerró la noche, lo de costumbre; á la Puerta del Sol ó al café á comentar las noticias del día, á hacer política y á lanzar quilómetros acusaciones en un corro de amigos; al teatro á oír los chistes del género chico; al circo

á reír las gracias del clown y á recrear la vista en las formas de las «ecuyeres» y después á dormir tranquilamente, haciendo antes escala en el Veloz, en el café, en la chocolatería ó en la taberna.

Si todo se realizara á la vista del enemigo, como actos despreciativos, cual lo hicieron en Cadiz y Zaragoza los héroes de la guerra de la Independencia, sería plausible, más no efectuado en la forma en que se hace y rodeado de una conducta en contraposición con la que debe observarse en las presentes circunstancias.

Hemos cambiado mucho los españoles, y creemos que en muy poco tiempo.

¿Las causas? Son recientes, de hoy; por estar á la vista todo el mundo las conoce.

Los errores de los políticos por un lado, y el fracaso de la suscripción nacional, por otra, han embotado la sensibilidad de los corazones que aun tenían carifios, y hoy ya todo es pura palabrería y completa ausencia de lo que honra y dignifica.

Lo malo es que ese escepticismo y esa frialdad constituyen un peligro; es algo así como pólvora mojada sometida á la acción de no lejano fuego.

En el Senado y en el Congreso se ha visto estos días alguna agitación, pero las cosas han quedado ó quedarán en el estado de antes.

Hoy no conviene meter ruido y se halla en sus principios el que pretende atronar los espacios.

Nada de sacar á luz y de exteriorizar lo encerrado en microscópico círculo; produciría un escándalo y eso no conviene á los más.

Si se alza una voz viril formulando acusaciones, diez voces distintas, que defiendan al acusado, parten de todos lados, amenazando con delaciones y lanzando anatemas: el silencio y la tranquilidad se apoderan de todo con despotismo además y allá, entre nebulosidades impenetrables, queda envuelto lo que se pretendió fuera puesto á la luz del día.

Los juicios de residencia; la fiscalización anatómica de las causas que han producido los efectos de que hoy todos nos dolemos; la petición de responsabilidades, y el castigo de los que peca-

ron, eso pertenece á otros tiempos; eso solo se ve en país que no es el nuestro. Esas minucias las ventilamos nosotros en las mesas de los cafés, en los casinos, en la Puerta del Sol, en la esquina del Suizo ó en la tertulia del amigo, donde hacemos política, donde trazamos planes estratégicos, donde manejamos barcos y soldados con una facilidad asombrosa: aprendimos cuando niños á manejar barcos de madera y papel y soldados de plomo, y aun no hemos perdido la afición.

En verdad que somos dignos de lástima.

Puesto que el pueblo solo quiere jaleo y diversiones, salgámonos del camino que imponen las circunstancias, y tomemos el seguido por él, aunque no sea más que por cumplir aquello de «donde quiera que fueres haz lo que vieres».

Se ha celebrado, según costumbre, la verbena de San Antonio de Padua, ó de la Florida, como decimos en Madrid, ó sea la primera verbena que Dios envía, según dice la popular copla.

El lugar donde esta verbena se celebra invita á divertirse, á pasar en él un par de horas, que aunque molestas seguramente serán alegres, sobre todo para los ojos.

Aunque la Florida no fuera un sitio relativamente cómodo y muy apropiado para esa clase de fiestas, seguramente la verbena de San Antonio se vería tan concurrida y tan alegre como se ve: es la primera del año y además... ¡es tanto el cariño que el bello sexo tiene á San Antonio!

Y vaya si en la ermita del Santo y en sus alrededores vimos niñas bonitas la primera noche de verbena.

No sabemos si sería ilusión nuestra: nos pareció que el Santo varon de Padua tenía más luces y más flores que otros años, y hasta se nos antojó ver más devotas y más fervor en los rostros de aquellas que se postraban de hinojos ante él.

¿Cuántos labios femeninos pedirían al Santo de las tentaciones, el término de la guerra!

¿Cuántos nombres queridos se pronuncian en el religioso recogimiento de la oración, y cuántas amorosas peticiones se formularían!

Si á dentro de la ermita todo ora si-

CARLOS II EL HECHIZADO

918

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 919

CARLOS II EL HECHIZADO

922

Este que se vió hecho blanco de las fulminantes miradas del embajador, se puso de pié magestuosamente, y contestó:

—Estaré á vuestra orden, caballero.

Santisteban, Enriqueta y Margarita se miraron con temor y asombro; pero viendo que aquellas frases daban un plazo al furor que hervía en el pecho de Villouraz, permanecieron en silencio.

—¿Con que está arreglado ya vuestro pensamiento?

—Falta una cosa; contestó el marqués. Aunso hayan salido requisitorias en pos de vosotros, y sería conveniente que cambiaseis de trajes. Enriqueta puede mudar el suyo con el de Margarita, y vos, si os agrada, podéis tomar mi bata y mi gorro de camino, mientras que yo me adorno con vuestro equipaje militar.

—¡Es una sublime idea! acepto, contestó el conde. En efecto, en pocos momentos se hizo el cambio de trajes entre los dos caballeros, puesto que Santisteban no se hallaba en el caso de rehusar esta proposición. Transformados de aquel modo, concluida la cena y preparados para marchar, el marqués llevó á aparte á su esposa, y le dijo:

—Señora, he tenido el honor de decirles que es-

toy furioso... pienso latirme y acaso no nos volvamos á ver.

—¿Aún pensáis en esa tontería? replicó Margarita con dignidad.

—Sí...

—Y bien, ¿qué me queréis decir?

—Quiero decir que si nos volvemos á ver, será señal que no habré muerto.

—Eso es evidente.

—Entonces...

El marqués se detuvo, aunque se restregó las manos de cierto modo que hirió vivamente el pensamiento de su esposa.

—Acabemos, señor.

—Entonces... ¡pues!... Ya comprenderéis que reclamó entrar en plena posesión de... de... ¿No me habeis entendido?

—¡Ah! murmuró Margarita con tristeza; esperaba eso mismo, pero eso es imposible, caballero.

Villouraz hizo un gesto tragi-cómico y se desvió bruscamente de su esposa. De este modo fué á tropezar en el extremo opuesto con el capitán León Bravo.

—¡Caballero! exclamó al verse en frente de su rival!

—¿Y quién son ellos?

—¿Pues lo dudáis acaso cuando os veo vestido con el traje de Santisteban?

—¡Ah! comprendo. Es decir que viene ya. Arcabuz se quedó con la boca abierta no sabiendo lo que esto significaba.

—¿Quién viene? preguntó á su vez.

—Don Fernando Ponzoa.

—¿Qué diablos!... Quien está encima de nosotros es la Inquisición.

Esta suprema palabra hizo que Villouraz se encogiese rápidamente de hombros y bajase la cabeza como si toda la venta se le cayese encima.

—¡La Inquisición! ¿Con que es decir que los persigue?

—Pues es claro.

—Entonces, corred... corred y avisadles. Hace media hora que partieron.

Arcabuz no esperó más, clavó el único adiccate que podía llevar en un fiáncó de su caballo, éste dió un violento resoplido, y partió con la rapidéz de una flecha, ocultándose entre los crepúsculos de la noche.

Villouraz quedó de nuevo en la ventana no sabiendo lo que le sucedía. Entonces dió entrada en su imaginación á nuevas reflexiones, pero lo que